

EL

NEIL STRAUSS

MÉTODO

(THE GAME)



**Todo lo que necesitas
para ser un seductor
profesional**

Este libro nos detalla la increíble historia de Neil Strauss, periodista de prestigio y hombre vulgar, que pasó de ser un desgarrado escritor a ser el genial e infalible Style, un tipo irresistible para las mujeres. Strauss se infiltró en un grupo que se autodefinen como maestros de la seducción, una comunidad de hombres que se ponen en contacto a través de internet, siguen a un gurú que imparte cursos presenciales y dedican su tiempo a perfeccionar la *técnica* de conquistar a las mujeres.

Dedicado a las miles de personas con las que he hablado
en bares,
discotecas, centros comerciales, aeropuertos, supermerca-
dos,
metros y ascensores durante los dos últimos años.
Si lees esto quiero que sepas que en tu caso no usé
ninguna *técnica*. Contigo fui sincero. De verdad,
lo nuestro fue diferente.

No pude convertirme en nada: ni en bueno ni en malo, ni en un sinvergüenza ni en un hombre honesto, ni en héroe ni en insecto. Y ahora estoy alargando mis días en mi esquina, torturándome con el amargo e inútil consuelo de que un hombre inteligente no puede convertirse seriamente en nada; de que tan sólo un idiota puede convertirse en algo.

Fiodor Dostoievski,
Memorias del subsuelo

Paso 1: Elige el *objetivo*

Los hombres no eran realmente el enemigo; ellos también eran víctimas que sufrían las consecuencias de una anticuada mística masculina que los hacía sentirse inútiles cuando no había algún oso al que matar.

BETTY FRIEDAN,
La mística de la feminidad

OS PRESENTO A MYSTERY^[1]

La casa estaba hecha un desastre.

Las puertas estaban arrancadas de sus goznes, destrozadas; las paredes, llenas de golpes, golpes dados con el puño, con un teléfono, con un florero. Temiendo por su vida, Herbal se había refugiado en la habitación de un hotel, y Mystery lloraba tumbado sobre la moqueta del salón; llevaba dos días llorando sin parar.

Las lágrimas pueden entenderse. Pero las de Mystery habían llegado más allá de lo comprensible. Mystery había perdido el control. Llevaba una semana oscilando entre períodos de ira y violencia y episodios de llanto espasmódico. Ahora, amenazaba con quitarse la vida.

Vivíamos cinco en la casa: Herbal, Mystery, Papa, Playboy, y yo. Venían hombres de todos los rincones de la tierra para estrecharnos la mano, para hacerse fotos con nosotros, para aprender de nosotros, para intentar convertirse en nosotros. A mí me llamaban Style^[2]; me lo había ganado.

Nunca usábamos nuestros verdaderos nombres; tan sólo nuestros apodos. Incluso nuestra mansión tenía un apodo. Se llamaba Proyecto Hollywood. Y el Proyecto Hollywood estaba hecho una ruina.

Los sofás y los cojines descoloridos que cubrían el suelo del salón olían a sudor y a los fluidos corporales de numerosos hombres y mujeres. La moqueta blanca se había tor-

nado gris bajo el constante ir y venir de las perfumadas jóvenes que todas las noches eran pastoreadas desde Sunset Boulevard. En el jacuzzi flotaban tristemente docenas de colillas y condones usa dos. Y, durante los últimos dos días, los arranques de violencia de Mystery habían dejado el resto de la casa prácticamente en ruinas. Mystery medía más de un metro noventa y estaba histérico.

—No puedo explicar cómo me siento —consiguió decir entre sollozos. Le temblaba todo el cuerpo—. No sé lo que voy a hacer; pero no va a ser nada bueno.

Levantó un brazo y dio un puñetazo a la sucia tapicería roja del sofá. Su abatimiento se tornó en un grito, invadiendo la habitación con el lamento de un hombre adulto que se ha despojado de todo aquello que lo diferencia de los animales.

Llevaba puesta una bata de seda dorada demasiado pequeña que dejaba al descubierto sus rodillas cubiertas de heridas. El cinturón de seda apenas era lo suficientemente largo para anudarlo alrededor de su cintura y ambos lados de la bata estaban separados por al menos quince centímetros de piel, revelando un pecho pálido e imberbe y, debajo de éste, unos holgados calzoncillos grises Calvin Klein. La otra prenda que cubría su tembloroso cuerpo era el gorro de lana que le apretaba el cráneo.

Era el mes de junio y estábamos en Los Ángeles.

—La vida es absurda —volvió a hablar Mystery—. Absurda. No tiene sentido. Se volvió hacia mí y me miró con los ojos húmedos y enrojecidos.

—Es como jugar al tres en raya. No hay manera de ganar, así que lo mejor que puedes hacer es no jugar.

No había nadie más en la casa, por lo que tendría que ser yo quien resolviera el problema. Debería sedarlo ahora, antes de que la ira volviera a invadirlo. Con cada nuevo ataque, la situación empeoraba, y yo tenía miedo de que esta vez Mystery llegara a hacer algo que no pudiera subsanarse después.

No podía permitir que Mystery muriera durante mi guardia. Mystery era más que un amigo; era mi mentor: Había cambiado mi vida, igual que había cambiado la de tantos otros como yo. Tenía que conseguirle Valium, Xanax o Vicodin; lo que fuese. Cogí mi agenda y pasé rápidamente las hojas, buscando a alguien que pudiera proporcionarme esas pastillas: tipos que tocaran en grupos de rock, mujeres que acabaran de someterse a una operación de cirugía plástica, antiguos niños prodigio del cine... Pero no había nadie en casa y, si había alguien, o no tenía drogas o decía no tenerlas para no compartirlas.

Sólo me quedaba una persona a quien llamar: la mujer que había originado la espiral descendente en la que se encontraba ahora Mystery. Una mujer como ella sin duda tendría alguna pastilla.

Diez minutos después, Katya, una chica rusa de poca estatura y pelo rubio que tenía la voz de un pitufo y la energía de un cachorro de perro pomeranian, estaba en la puerta de casa con gesto de preocupación y un Xanax en la mano.

—Es mejor que no entres —le advertí—. Lo más probable es que te estrangule.

Y no es que Katia no lo mereciera; o al menos eso pensaba yo entonces.

Le di a Mystery la pastilla y un vaso de agua y esperé hasta que sus sollozos se convirtieron en moqueos. Después lo ayudé a ponerse unas botas negras, unos pantalones vaqueros y una camiseta gris.

—Vamos —le dije—. Necesitas ayuda.

Lo llevé hasta mi viejo Corvette oxidado y lo encajé en el diminuto asiento delantero. De vez en cuando, un estremecimiento hacía que su rostro se contrajera o una lágrima caía de uno de sus ojos. Yo rogaba por que permaneciera lo suficientemente tranquilo como para permitirme ayudarlo.

—Quiero Aprender artes marciales —dijo dócilmente—. Así, cuando quiera matar a alguien, no me sentiré tan im-

potente.

Yo aceleré.

Íbamos al Centro de Salud Mental de Hollywood, en Vine Street. Era un feo edificio de hormigón rodeado día y noche por indigentes, travestis y otros desechos humanos que montaban sus campamentos allí donde pudieran encontrarse servicios sociales gratuitos.

Y Mystery era uno de ellos. Lo único que lo diferenciaba de los demás era que él tenía carisma y talento, y eso atraía a las personas. Mystery nunca se quedaría solo, a no ser que quisiera estarlo. Él poseía dos características que yo había encontrado en prácticamente todas las estrellas de rock a las que había entrevistado; un brillo demente y persuasivo en la mirada y la más absoluta incapacidad para hacer cualquier cosa por sí mismo.

Entramos en el vestíbulo, lo inscribí y esperamos. Mystery se sentó en una silla barata de plástico negro, con la mirada clavada en el azul institucional de las paredes.

Pasó una hora. Mystery empezaba a impacientarse.

Pasaron dos horas. Comenzaron las lágrimas.

Pasaron cuatro horas. Mystery se levantó de un salto, salió corriendo de la sala de espera y abandonó el edificio.

Caminaba rápidamente, como un hombre que sabe hacia adónde va, aunque Proyecto Hollywood estaba a más de cinco kilómetros. Lo perseguí hasta darle alcance a las puertas de un pequeño centro comercial. Lo cogí del brazo, lo obligué a dar la vuelta y, hablándole como a un bebé, conseguí que volviera a la sala de espera.

Cinco minutos. Diez minutos. Veinte minutos. Treinta. Volvió a irse.

Corrí tras él. Había dos trabajadores sociales en el vestíbulo.

—¡Detenedlo! —grité.

—No podemos —dijo uno de ellos—. Ya no está dentro del recinto del edificio.

—¿Van a dejar que un suicida salga ahí afuera sin hacer nada? —No tenía tiempo para discutir—. Por lo menos encuentren a un terapeuta que pueda atenderlo; eso, si consigo traerlo de vuelta, claro.

Salí a la calle y miré hacia la derecha. No lo vi. Miré hacia la izquierda. Nada. Corrí hacia el norte, hasta Fountain Street. Allí estaba, cerca de la esquina. A rastras conseguí llevarlo de vuelta al centro de salud.

Cuando volvimos a entrar, los trabajadores sociales lo condujeron por un pasillo largo y oscuro hasta un cubículo claustrofóbico con el suelo de Sintanol. La doctora, sentada tras su escritorio, se desenredaba un mechón de pelo negro con los dedos. Era una mujer asiática, delgada, de veintimuchos años, con los pómulos marcados, carmín y un traje de rayas de chaqueta y pantalón.

Mystery se dejó caer sobre la silla que había delante del escritorio.

—¿Cómo se siente? —preguntó ella, forzando una sonrisa.

—Me siento como si nada tuviera sentido —dijo Mystery, rompiendo a llorar.

—Lo escucho —declaró ella al tiempo que apuntaba algo en su cuaderno. Lo más probable es que ya hubiera decidido cuál era el diagnóstico.

—Me voy a retirar del mercado —sollozó Mystery.

Ella lo miró con fingida compasión mientras él seguía hablando. Para ella no era sino uno más entre la docena de chiflados que veía todos los días. Lo único que debía hacer era decidir si necesitaba recibir medicación o si debía ser internado.

—No puedo seguir adelante —continuó Mystery—. Es inútil.

Con un gesto automático, ella abrió un cajón, extrajo un pequeño paquete de pañuelos de papel y se lo ofreció. Al estirar el brazo, Mystery levantó la mirada y sus ojos se encontraron por primera vez con los de la mujer. Inmóvil, la

observó en silencio. Era sorprendentemente guapa para estar en un lugar como aquél.

Por un instante, un destello de vida iluminó el rostro de Mystery, aunque desapareció inmediatamente.

—En otro momento y en otro lugar, las cosas hubieran sido muy distintas —dijo mirándola al tiempo que arrugaba uno de los pañuelos de papel.

Su cuerpo, por lo general orgulloso y erguido, se encorvó sobre la silla como un macarrón reblandecido. Mystery bajó la mirada mientras seguía hablando.

—Sé exactamente lo que tendría que decir y hacer para que usted se sintiera atraída por mí. Está todo en mi cabeza. Cada regla. Cada paso. Cada palabra. Pero no puedo hacerlo; ya no.

La doctora asintió de forma mecánica.

—Tendría que verme cuando no estoy en este estado —continuó diciendo Mystery al tiempo que moqueaba—. He salido con algunas de las mujeres más bellas del mundo. Sí. Otro lugar, otro momento y usted hubiera sido mía.

—Sí. Claro que sí. —Asintió ella de forma paternalista.

Ella no lo sabía. ¿Cómo iba a saberlo? Pero aquel gigante llorón con el pañuelo arrugado entre las manos era un maestro de la seducción, un experto en el arte de la conquista, el mayor ligón del mundo. Eso no era algo debatible; era un hecho. Durante los últimos dos años, yo había conocido a los autoproclamados mejores ligones, y Mystery era el mejor de todos ellos. Conquistar a las mujeres era su afición, su pasión, su vocación.

Sólo había una persona viva que estuviera a su altura. Y ese hombre estaba sentado a su lado. Y era Mystery quien me había convertido en una superestrella. Juntos habíamos reinado en el mundo de la seducción, habíamos logrado conquistas imposibles ante las miradas atónitas de nuestros discípulos en Los Ángeles, Nueva York, Montreal, Londres, Melbourne, Belgrado, Odessa, y aun más allá.

Y ahora estábamos juntos en una casa de locos.

OS PRESENTO A STYLE

No soy muy atractivo. Tengo la nariz demasiado grande para mi rostro; destaca por su formidable caballete, aunque al menos no es aguileña. No estoy completamente calvo, pero si sólo dijera que mi cabello clarea tampoco estaría siendo fiel a la realidad. Lo cierto es que tan sólo tengo algunos mechones de fino cabello que me cubren la cabeza como endebles arbustos y a los que mimo diariamente con Rogaine. Mis ojos son demasiado pequeños, aunque es cierto que poseen un brillo animado; pero ése siempre será mi secreto, pues su destello no puede verse detrás de mis gafas. Tengo las sienes muy hundidas y, aunque a mí es algo que me complace, ya que creo que le da personalidad a mi rostro, nadie me ha piropeado nunca por ello. Soy más bajo de lo que me hubiera gustado ser, y estoy tan delgado que, por mucho que coma, la mayoría de la gente piensa que estoy desnutrido. Cuando me fijo en mi cuerpo, pálido y algo contrahecho, me sorprende que alguna mujer pueda querer tumbarse a mi lado, y mucho menos abrazarme. O sea que, para mí, conocer chicas no es algo que resulte fácil. No soy el tipo de hombre por el que las mujeres cuchichean en un bar ni el que quieren llevarse a casa cuando se emborrachan y tienen ganas de hacer una locura. No puedo ofrecerles mi fama para que alardeen, como hace una estrella de rock, ni cocaína y una mansión, como otros tantos hombres en Los Ángeles. Sólo tengo mi inteligencia, y eso es algo que, a primera vista, resulta difícil de apreciar.

Quizá hayáis advertido que no he dicho nada sobre mi personalidad. No lo he hecho porque mi personalidad ha cambiado por completo. O, hablando con más precisión, yo la he cambiado por completo. He inventado a Style, mi álter ego. Y, en dos años, Style ha llegado a ser más popular de lo que yo lo fui nunca; sobre todo con las mujeres.

Nunca pensé que caminaría por el mundo bajo una identidad inventada. De hecho, yo era feliz; conmigo mismo y con mi vida. Al menos, eso creía hasta que una inocente llamada telefónica (las cosas siempre empiezan así) me condujo hasta la comunidad *underground* más apasionante con la que me he topado en mis quince años como periodista. En este caso, quien me llamó fue Jeremie Ruby-Strauss, un editor que (aunque nunca tuvo ninguna relación con esta comunidad) había encontrado un documento en Internet que se llamaba *La guía del ligue*, que, según me dijo entonces Jeremie, resumía en ciento cincuenta excitantes páginas la sabiduría almacenada por decenas de artistas de la seducción que llevaban compartiendo sus conocimientos durante casi una década, trabajando en silencio con el fin de convertir el arte del ligue en una ciencia exacta. Jeremie quería que alguien reuniera toda aquella información en un libro coherente, y pensó que yo era la persona apropiada para hacerlo.

Yo no estaba tan seguro. Lo que me ha interesado siempre es la literatura, no dar consejos a adolescentes salidos. Pero, claro, le dije que le echaría un vistazo a esa guía.

Mi vida empezó a cambiar en cuanto leí las primeras líneas. *La guía del ligue* me abrió los ojos, más de lo que nunca lo había hecho ningún otro libro; ya fuera la Biblia, *Crimen y castigo* o *El placer de cocinar*. Pero no necesariamente por la información que contenía, sino por el camino hacia el que me había abierto las puertas.

Cuando pienso en mi adolescencia, hay una cosa de la que siempre me arrepiento, y no es de no haber estudiado lo suficiente, ni de haber sido desagradable con mi madre,

ni tampoco de haber empotrado el coche de mi padre contra aquel autobús. No, de lo que me arrepiento es de no haber salido con más chicas. Soy un hombre profundo; cada tres años releo por placer el *Ulises* de James Joyce. Me considero una persona razonablemente intuitiva. En esencia, soy una buena persona, e intento evitar hacer daño a los demás. Pero paso demasiado tiempo pensando en las mujeres y me cuesta mucho alcanzar un nivel... menos espiritual en mis relaciones con ellas.

Y sé que no soy el único. Cuando lo conocí, Hugh Hefner ya tenía setenta y tres años. Y aunque, en sus propias palabras, se había acostado con más de mil mujeres, entre las cuales estaban algunas de las más hermosas del mundo, no dejaba de hablar de sus tres novias, Mandy, Brandy y Sandy, y de cómo, gracias a la Viagra, conseguía satisfacerlas a las tres (aunque probablemente su dinero ya fuera suficiente satisfacción para ellas). Me dijo que la regla era que, si alguna vez deseaba acostarse con otra mujer, lo harían todos juntos. Yo saqué una cosa en claro de aquella conversación: a pesar de haberse acostado con todas las mujeres que había querido a lo largo de su vida, a los setenta y tres años, todavía quería acostarse con más. ¿Es que el deseo nunca se acaba? Si Hugh Hefner seguía deseando a las mujeres, ¿cuándo iba a dejar de hacerlo yo?

De no haberse cruzado en mi camino *La guía del ligue*, mis ideas sobre el sexo opuesto nunca habrían evolucionado y seguirían siendo las mismas que las de la mayoría de los hombres. Durante los años inmediatamente anteriores a mi adolescencia nunca jugué a los médicos con las chicas ni conocí a ninguna que me dejase verle las bragas a cambio de un dólar, ni tampoco le hice cosquillas a ninguna compañera de case en ninguna parte prohibida de su cuerpo. Durante la adolescencia, me pasé la mayor parte del tiempo castigado en mi cuarto, de tal manera que, cuando me surgió por primera vez la oportunidad de tener un encuentro sexual —una quinceañera borracha me llamó por telé-

fono para ofrecerme una mamada—, no me quedó más remedio que rechazarla ante la imposibilidad de eludir la vigilancia de mi madre. Fue en la universidad cuando empecé a salir del caparazón; ahí descubrí las cosas que realmente me interesaban y al grupo de amigos que me ayudarían a ensanchar mi mente a través de las drogas y la conversación. Pero nunca llegué a sentirme cómodo entre las mujeres; lo cierto es que me intimidaban. En cuatro años de universidad no me acosté con una sola chica.

Al acabar la universidad conseguí trabajo como periodista cultural en el *New York Times*, gracias al cual fui ganando confianza en mí mismo y en mis opiniones. Hasta que, con el tiempo, accedí a un mundo de privilegios donde se vivía al margen de las normas y me fui de gira con Marilyn Manson y con Mötley Crue para escribir sus biografías. Y, en todo ese tiempo, y a pesar de tener acceso privilegiado a los bastidores, no conseguí ni un solo beso que no fuera de Tommy Lee. Después de eso, lo cierto es que perdí casi cualquier esperanza. Había tipos que ligaban y tipos que no; estaba claro que yo pertenecía al segundo grupo.

El problema no era que nunca me hubiera acostado con nadie. El problema era que las pocas veces que lo había hecho había convertido un encuentro de una noche en una relación de dos años, pues no sabía cuándo volvería a conocer a otra chica.

En La guía del ligue usaban unas siglas para la gente como yo: *TTF* (típico tipo frustrado). Yo era un *TTF*. Al contrario que Dustin.

Conocí a Dustin el último año que estuve en la universidad. Era amigo de uno de mis compañeros de clase, Marko, un falso aristócrata serbio que, gracias a la forma de su cabeza, que recordaba a la de una sandía, había sido mi compañero de abstinencia sexual desde la guardería. Dustin no era ni más alto, ni más rico, ni más famoso, ni más